

El yihadismo

Claves de un fanatismo global

Eduardo Martín de Pozuelo
Eduard Yitzhak

El yihadismo

Claves de un fanatismo global

CÁTEDRA
La historia de...

Colección dirigida por Ricardo García Cárcel

1.ª edición, 2021

Diseño de cubierta: INGenius

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Eduardo Martín de Pozuelo y Eduard Yitzhak, 2021

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2021

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Depósito legal: M. 21.745-2021

I.S.B.N.: 978-84-376-4333-5

Printed in Spain

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO. ¡Infieles! ¡Os odiamos y os combatimos! ...	9
CAPÍTULO 2. Yihad, yihadistas y guerra justa	33
Suníes, chiíes y jariyíes	52
La justificación de una ortodoxia forzada	61
El renovado yihadismo del siglo XXI	67
La clave de las <i>Dar</i>	74
CAPÍTULO 3. Laicismo, el enemigo del califato	85
CAPÍTULO 4. Hombre, niño, mujer, niña... mártir	111
La utilización de niños como instrumento de guerra	146
La desigualdad aceptada	151
CAPÍTULO 5. La caída del Imperio Otomano y el yihadismo moderno (el nacimiento de la Hermandad)	165
El panturquismo	171
Lawrence de Arabia	178
La irrupción de Al Banna y la Hermandad	184
La obsesión se llama Israel	193

CAPÍTULO 6. La paradoja: el ateo fascinado por el yihadismo 203
 Captados en Europa 214
BIBLIOGRAFÍA 223

CAPÍTULO PRIMERO

¡INFIELES! ¡OS ODIAMOS Y OS COMBATIMOS!

Este libro trata de un movimiento de base religiosa al que conocemos como yihad, de su cosmovisión, de su relación inevitable con el islam y de su incompatibilidad con cualquier otro modelo de sociedad que no sea exactamente el que emana de su propia interpretación de la religión. La yihad, para su seguidor, el yihadista, es el movimiento de liberación de la corrupción humana favorecida por una sociedad que considera degenerada y que se opone al islam. Es decir, que se enfrenta a la voluntad divina y por lo tanto a Alá. El yihadista se siente un soldado de Alá que debe combatir y morir por y para Alá. El odio que el yihadista tiene contra el infiel al que combate es un odio bendecido que le exige cortar el cuello de los infieles, o sea, el de todos los que están fuera de su batalla épica.

Dado que la naturaleza del yihadismo es religiosa, pretendemos relatar y no juzgar, o al menos hemos tratado de que así sea, pues el lector comprenderá la dificultad de escribir sobre una faceta terrorífica de una religión que siguen a diario cerca de 1.900 millones de personas. Por eso este trabajo no entra en la psicología del terrorista, ni en valoraciones relativas a la seguridad y geoes-

trategia mundial, ni en la lucha antiterrorista o en las motivaciones íntimas que pueden impulsar a un hombre o una mujer a abrazar el islamismo yihadista. En esta obra solo tratamos de aportar los suficientes datos empíricos sobre el yihadismo como para que el lector conozca los fundamentos que hay detrás de un fenómeno ideológico y religioso de enorme alcance, con catorce siglos de recorrido y sin visos de cambiar. El objetivo es explicar la doctrina que mueve al muyahidín que, llegado el momento, degüella o se convierte en el más letal de los terroristas impregnado de una convicción fanática exclusivamente religiosa. El yihadista, neologismo de muyahidín, se percibe a sí mismo como un guerrero de Alá cuya misión en la tierra es combatir las artimañas del demonio, *Shaitán* (Satán) o *Iblis*, que, según su convicción, llevan a la humanidad a tiempos de ignorancia preislámica que se redoblan con fuerza para destruir el islam y la voluntad de Alá.

El terrorismo yihadista, las guerras que promueve y los conflictos que protagoniza son de indudable naturaleza religiosa. Es un error —frecuente, por cierto— suponer que al yihadista le mueve el dinero o que surge de la pobreza y la ignorancia. No es así. Desde su propia realidad, el yihadista conoce bien lo que quiere y está convencido de que para alcanzar el objetivo en el que milita literalmente a muerte necesita destruir cualquier rastro de laicismo y de cualquier religión que no sea la suya, comenzando por los musulmanes a los que juzgue desviados. El yihadista combate contra lo que percibe como engaños del diablo, entre los que se encuentran la filosofía en su más amplio sentido, el animismo, el politeísmo, el hedonismo, el judaísmo, el cristianismo y demás religiones, la democracia, la igualdad de género, el socialismo, el comunismo, la homosexualidad y el nacionalismo, así como también el abandono, por parte de los nacidos musulmanes, de la estricta observancia de su propuesta de ortodoxia de la *sharía*, la ley islámica que emana de Alá.

Por eso, los análisis que desde la óptica del occidental hablan de integración, de desarraigo, de tercer mundo, de pobreza o de ignorancia no dan respuesta a la verdadera naturaleza de alguien que se concibe a sí mismo como un ferviente imitador del profeta Mahoma, seguro seguidor de la ley dictada por Alá (la *sharía*) e interpretada según una línea doctrinaria muy definida que arranca desde el mismo nacimiento del islam. Ellos, los yihadistas, se consideran la ortodoxia, y los demás, todos, somos los equivocados, los infieles, los apóstatas y las fuentes del pecado y perdición que deben extirpar. El yihadismo tiene sus propios valores, su propia creencia y su propio concepto del destino. Un destino que afirma que está escrito desde siempre, del mismo modo que lo está el de las personas a las que mata. Por eso acuden voluntarios a morir con un cinturón de explosivos, por eso degüellan al enemigo de su fe. Porque Alá lo ha escrito. Porque marca todos los destinos, dirige la lucha contra el mal, muestra el camino hacia el Paraíso, enseña la ruta de la verdad y señala la vía hacia el califato que está profetizado que algún día gobernará la tierra. Por eso el muyahidín mata y muere orgulloso, sin asumir la responsabilidad de sus propios actos, pues, al estar el destino escrito por el Todopoderoso, lo que suceda será siempre por designio divino y no por designio humano.

Y, antes de seguir, nos parece necesario subrayar que la mayoría de las víctimas de los yihadistas son los musulmanes que no siguen rigurosamente la *sharía*, aunque empleemos los términos «yihadismo» y «yihadista» para referirnos a un gran colectivo de musulmanes convencidos de ser los únicos y auténticos exégetas e intérpretes de los designios de Alá. Todos los demás seres humanos —sean musulmanes o no— son para ellos apóstatas infieles o idólatras que inevitablemente y por deseo divino deben ser reconducidos al camino correcto. Humanos en general y musulmanes en particular que si persisten en el error o luchan contra el yihadista deben ser eliminados con el fin de establecer la armonía

perfecta que ofrecerá su anhelado califato universal regido por la *sharía*, o sea, por una norma divina infinitamente superior a cualquier ley de procedencia humana.

Los yihadistas se sienten los únicos poseedores de la ortodoxia del islam, la religión fundada por Mahoma —monoteísta, revelada y plasmada en el Corán, su libro sagrado—, que se calcula que profesan en este primer tercio del siglo XXI unos mil novecientos millones de personas con diferentes niveles de adhesión. El yihadismo parte de su verdad y no duda, no discute, no debate, no permite el análisis filosófico ni tolera la disensión. Ante la verdad absoluta que representa, o se acata o se muere a manos de los muyahidines que combaten contra ese estado de confusión e ignorancia, la *yahiliyyah*, que dicen que envuelve a los humanos. Una lucha que se inscribe en la yihad, la guerra santa nacida con Mahoma en el año 622 como un movimiento para la liberación de los musulmanes de las garras de la aludida *yahiliyyah*. El yihadista se siente en lo profundo de su ser como el portador de la espada del islam que libra por Alá la guerra hasta instaurar la *sharía* para que la humanidad alcance la *pax* islámica. Por lo tanto, el yihadista interpreta la realidad a partir de su propia atalaya ideológica. Por eso celebró la pandemia de la covid-19 como una bendición de Alá y un merecido castigo al infiel. Cuando comenzaron los contagios, sus ideólogos recomendaron a su militancia que se abstuviera momentáneamente de viajar a Occidente y aconsejaron que no cometieran nuevos atentados hasta que Europa y América estuvieran diezmadas y debilitadas por el virus. Una mortandad que daban por segura, ya que para el yihadista la condición de víctima se la busca la propia víctima al apartarse de la senda correcta mostrada por Alá; de modo que para el yihadismo, la pandemia afectó a los infieles y a los apóstatas. «La pandemia actual es un ejemplo del tormento de Alá que ha golpeado principalmente a las naciones idólatras. Que Él [Alá] aumente el tormento sobre los incrédulos y

mantenga a los creyentes a salvo», razonaron los dirigentes del Estado Islámico a mediados de abril de 2020 en su publicación en línea *Al Naba*, emitida por la Oficina Central de Medios del Estado Islámico.

Ya hemos nombrado al Estado Islámico (EI), pieza clave en todo el movimiento yihadista del primer tercio del siglo XXI y uno de los elementos nucleares del contenido de este libro. Con la «fundación» —por así decirlo— del Estado Islámico como el grupo terrorista que es y el protoestado que trata de ser, el histórico movimiento yihadista universal encontró el fulcro que otras organizaciones islamistas no supieron hallar ni antes ni durante el siglo XX. El yihadismo, entendido como fenómeno fanatizado y antiguo, se renovó de forma espectacular a partir del sermón que el autodesignado líder del Estado Islámico, Abu Bakr al Bagdadi (28 de julio de 1971-26 de octubre de 2019), pronunció el 29 de junio de 2014 en la Gran Mezquita de Mosul durante el cual se proclamó califa del embrión del gran califato en que por designio divino deberá convertirse todo el planeta. Y en ese instante nació a efectos prácticos el Estado Islámico de Irak y el Levante (ISIL), también conocido como el Estado Islámico de Irak y Siria (ISIS) pero habitualmente designado simplemente como Estado Islámico o Dáesh —por el acrónimo árabe que los yihadistas interpretan como un insulto—, un conglomerado humano terrorista expandido internacionalmente que llegó a formar en territorio sirio e iraquí un protoestado califal de una extensión equivalente a ocho veces el Reino Unido. ISIS o el EI es reconocido por sus vídeos de decapitaciones, sus tormentos y las ejecuciones masivas a escala histórica que practica, además de por la destrucción del Patrimonio Cultural de la Humanidad que se pone a su alcance.

Pues bien, con el renovado impulso que supuso el Estado Islámico, el yihadismo, que por esencia considera que está escrito que todos los obstáculos que impidan el desarrollo del islam se-

rán derribados por un gran ejército musulmán que libraré la yihad, redobló sus ataques sin fronteras ante el asombro de un Occidente que interpretó mal el motivo de sus acciones. Sucedió el 21 de abril de 2019. Fue domingo de Pascua cristiana. Casi 300 personas resultaron muertas y más de 500 heridas en Sri Lanka cuando unos terroristas irrumpieron en tres iglesias cristianas y cinco hoteles e hicieron detonar los explosivos que llevaban adosados a su cuerpo. Los autores, al menos nueve, entre ellos una mujer, eran radicales musulmanes autóctonos, universitarios pertenecientes a familias muy acomodadas. Dos días después, mientras la prensa internacional hablaba (erróneamente, como veremos en esta obra) de terroristas «suicidas», el Estado Islámico asumió el ataque. Los medios subrayaron, a modo de paradoja sugerida, el carácter suicida de los autores y su origen educado de clase muy desahogada. Con aquel relato, sin más explicaciones adicionales, la información pública insinuó singularidad ante el origen social y el nivel de instrucción académica de unos terroristas señalados como yihadistas. De ese modo, y una vez más, se transmitió una interpretación equívoca de unos hechos que se presentaron como diferentes. Sin embargo, para una correcta interpretación de aquel atentado, habría sido necesario leerlo a la luz de la doctrina con la que se había alimentado aquel comando. Y para ello nada mejor que hurgar en sus antecedentes y atender a su vídeo-testamento, en el que los propios atacantes dejaron explicado que actuaban obedeciendo al cumplimiento de un credo, rígido y preciso, que excluía cualquier otra interpretación del islam. Una circunstancia que habría permitido comprender que un muyahidín nunca se suicida —en el sentido occidental del acto— sino que, en su credo, muere inmolándose como mártir en el transcurso de un santo combate necesario e inevitable contra el infiel.

También habría sido adecuado indicar que una elevada formación académica no era un elemento insólito en el universo del

colectivo humano que abraza el ideario radical al que hemos convenido en llamar yihadismo: una doctrina milenaria perfectamente elaborada, con estrictas reglas que determinan las pautas de vida y de muerte que debe seguir el ser humano, al que le evita cualquier duda existencial al tiempo que le señala cuál es el camino terrenal para alcanzar el Paraíso, un lugar en el que después de la muerte hallará una vida eterna de placeres.

Es decir, aquellos terroristas —que sorprendieron a una sociedad mal informada sobre la motivación que les animó a cometer los atentados de Sri Lanka— seguían una trayectoria de lucha sujeta a un martirio justificado por su fe y al ardor religioso necesario para el desarrollo de su inevitable guerra contra el infiel, la yihad. Los autores de la matanza eran incondicionales de un dogma ancestral que siguen desde siglos hombres y mujeres, pobres y ricos, jóvenes, mayores y niños, gentes con estudios y sin ellos, adoctrinados en un fervor guerrero que adopta el kaláshnikov y las tecnologías del siglo XXI en sustitución de la tradicional cimitarra, convirtiendo a un terrorismo de bajo coste en un arma de destrucción masiva.

Esta falta de entendimiento acerca de las motivaciones que explican la conducta yihadista ya había provocado otros momentos de confusión mundial, tal como sucedió el 2 de junio de 2016 cuando cincuenta personas murieron y otras tantas resultaron heridas en la discoteca LGBT Pulse (Orlando, Estados Unidos) a manos de Omar Mir Seddique Mateen, un joven que disparó sobre la concurrencia con un subfusil. El agresor, que murió enfrentándose a la policía, había jurado poco antes lealtad al Estado Islámico, que a su vez reivindicó lo sucedido como un acto de guerra, elevando al autor de los disparos a la categoría de mártir por la yihad. Pero el FBI, lejos de valorar el juramento de Mateen y la reivindicación del Estado Islámico, afirmó que la matanza no parecía motivada por algún modo de odio hacia los homosexuales, deslizándose la idea errónea del enloquecido solitario armado

que dispara contra multitudes. Sin embargo, a la luz del yihadismo, aquel atentado sí que estuvo motivado por el «pecado de la homosexualidad», tal como se apresuró a explicar en *Dabiq*, el magacín portavoz de su doctrina editado en Raqqa (Siria) bajo el régimen del Estado Islámico y al que dieron el nombre de la mítica localidad de Dabiq en la que, según la profecía, en el devenir de los tiempos los ejércitos musulmanes y cristianos se enfrentarán en su última gran batalla del Armagedón coránico que se cita en los llamados «dichos de Mahoma». Pues bien, el yihadismo, que tal como reproducimos un poco más adelante aprovechó aquel crimen para explicar también en *Dabiq* sus motivaciones, aclaró que Omar Mir Seddique Mateen, homosexual musulmán fiel a la doctrina emitida por el Estado Islámico, no soportó su condición, a la que consideró pecado, y para expiar su culpa mató a los «causantes» de su «perdición». Muriendo en el «combate» contra los «infieles», Seddique Mateen purgó su falta, alcanzó la categoría de mártir y entró en el Paraíso.

Pero hay más. El ataque terrorista en Orlando y la interpretación pública errónea de él que hizo inicialmente la policía federal de Estados Unidos fueron el pedestal aprovechado por el yihadismo para ofrecer al mundo una explicación de motivaciones que consideramos esencial para conocerlo e interpretarlo. Se publicó en el número 15 de *Dabiq*, páginas 30 y 31, y lo titularon «¿Por qué os odiamos y os combatimos?», en una muestra de la transparencia ideológica y del lenguaje que en todo momento caracteriza a esta extremadamente implacable corriente islamista:

Poco después del bendito ataque ejecutado por el mu-yahidín Omar Mateen al sodomita club nocturno cruzado, los políticos estadounidenses denunciaron el tiroteo, declarándolo un crimen de odio, un acto de terrorismo y un acto de violencia sin sentido. ¿Fue un crimen de odio? Sí. Induda-

blemente. Los musulmanes odian a los sodomitas liberales, al igual que cualquier otra persona con algún fragmento de su *fitrah* [naturaleza humana innata] todavía intacta. ¿Un acto de terrorismo? Definitivamente sí. A los musulmanes se les ha ordenado aterrorizar a los incrédulos enemigos de Alá. ¿Pero un acto de violencia sin sentido? Uno podría pensar que el occidental promedio habría abandonado a estas alturas la afirmación cansina de que las acciones de los muyahidines no tienen sentido —a pesar de que [los muyahidines] han declarado repetidamente sus objetivos, intenciones y motivaciones— a menos que real e ingenuamente crea que los crímenes de Occidente contra el islam y los musulmanes, ya sea insultando al Profeta, quemando el Corán o librando una guerra contra el califato, no provocarán represalias brutales por parte de los muyahidines. Saben perfectamente que los ataques ejecutados por Omar Mateen y Larossi Aballa [yihadista que en 2016 asesinó a puñaladas a dos policías en Francia] y muchos otros de antes y después de ellos, ejecutados en venganza por el islam y los musulmanes, tienen todo el sentido. ¡Lo único que no tendría sentido sería que no hubiera represalias violentas y feroces de inmediato!

Sin embargo, muchos occidentales son conscientes de que las afirmaciones acerca de la falta de sentido de los ataques de los muyahidines y el cuestionamiento incesante de por qué odiamos a Occidente y por qué luchamos contra ellos no son más que un acto político y una herramienta de propaganda. Los políticos lo sostienen independientemente de todo cuanto se oponga a su relato, a los hechos y al sentido común, solo para obtener tantos votos como puedan en su próximo ciclo electoral. Los analistas y los periodistas dirán lo mismo para evitar convertirse en un blanco (de críticas) por decir algo que las masas consideran políticamente incorrecto y los imanes apóstatas de Occidente se adherirán al mismo fatigoso cliché para evitar una reacción violenta de las sociedades incrédulas en las que han elegido residir.

La cuestión es que la gente sabe que es una tontería, pero lo siguen repitiendo porque temen las consecuencias de desviarse del guion [...] y las masas ignorantes continúan creyendo la falsa narrativa.

Así pues, es importante para nosotros aclarar a Occidente en términos inequívocos, una vez más, por qué te odiamos y por qué luchamos contra ti. Te odiamos, ante todo, porque eres incrédulo; rechazas la unidad de Alá —te des cuenta o no— [...], blasfemas contra Él, afirmando que Él tiene un hijo [Jesús], fabricas mentiras contra Sus profetas y mensajeros y te entregas a todo tipo de prácticas diabólicas. Por estas razones nos ordenaron declarar abiertamente nuestro odio hacia ti y nuestra enemistad hacia ti [...]. Te odiamos porque vuestras sociedades seculares y liberales permiten lo que Alá ha prohibido mientras que tú prohíbes muchas cosas que Él ha permitido. Legislar es un asunto que no te concierne porque tú separas la religión del estado y otorgas así a tus caprichos y deseos la autoridad suprema a través de legisladores a los que votas y les concedes el poder de legislar. Al hacerlo así, anhelaís robarle a Alá su derecho a ser obedecido y perseguís usurparle ese derecho. «La legislación es únicamente la de Alá [Corán 12: 40]».

Vuestro secular liberalismo os ha llevado a tolerar e incluso apoyar los «derechos de los homosexuales», a permitir que el alcohol, las drogas, la fornicación, los juegos de azar y la usura se generalicen y a alentar a las personas a burlarse de quienes denuncian estos pecados y vicios inmundos. Como tal, libramos una guerra contra vosotros para evitar que diseminéis vuestra incredulidad y libertinaje, vuestro laicismo y vuestro nacionalismo, vuestros pervertidos valores liberales, vuestro cristianismo y vuestro ateísmo, y toda la depravación y corrupción que conllevan. Vosotros habéis hecho vuestra misión para «liberar» a las sociedades musulmanas; nosotros hemos hecho nuestra misión para luchar contra vuestra influencia y proteger a la humanidad de vuestros conceptos equivocados y vuestra forma de vida desviada.

Nosotros os odiamos por vuestros crímenes contra el islam y libramos una guerra contra vosotros para castigaros por vuestras transgresiones contra nuestra religión. Mientras vuestros súbditos continúen burlándose de nuestra fe, insulten, quemén el Corán y los profetas de Alá, incluidos Noé, Abraham, Moisés, Jesús y Mahoma, vilipendien abiertamente las leyes de la *sharía* [la ley islámica], continuaremos tomando represalias, no con consignas y pancartas, sino con balas y cuchillos. Nosotros os odiamos por vuestros crímenes contra los musulmanes; por vuestros drones y aviones de combate, que bombardean, matan y mutilan a nuestra gente en todo el mundo, y por vuestros títeres en las tierras usurpadas a los musulmanes que oprimen, torturan y hacen la guerra a cualquiera que llame a la verdad. Por lo tanto, luchamos para evitar que matéis a nuestros hombres, mujeres y niños; para liberar a aquellos a quienes encarceláis y torturáis y para vengarnos de los incontables musulmanes que han sufrido como resultado de vuestras acciones. Nosotros os odiamos por invadir nuestras tierras y luchamos para rechazaros y expulsaros. Mientras nos quede una pulgada de territorio por reclamar, la yihad seguirá siendo una obligación personal para cada musulmán [...]. El hecho es que, incluso si dejaran de bombardearnos, encarcelarnos, torturarnos, vilipendiarlos y usurpar nuestras tierras, continuaríamos odiándolos porque nuestra principal razón para odiarlos no dejará de existir hasta que acepten el islam.

El texto que acaban de leer es un ejemplo del reiterado —y consideramos que extraordinariamente cristalino— discurso que resume con precisión la potente doctrina que alienta el yihadismo y que constituye el ideario básico de un fenómeno que requiere, para conocerlo, adentrarse inevitablemente en terrenos religiosos. Sin embargo, los autores de este libro creemos que es esencial subrayar que en esta obra no tratamos del islam, sino que abordamos exclusivamente la doctrina, propaganda y hechos

que caracterizan a un colectivo de extremistas que se autoproclaman únicos intérpretes válidos de la verdad revelada a Mahoma. Todo ello sin olvidar que se trata de unos islamistas que hacen militancia política de una creencia que consideran que les bendice en la guerra y el terrorismo.

Así pues, en este libro hablamos de los que a sí mismos se califican de yihadistas y consideran que el único islam posible es el suyo, si bien es cierto que llegan hasta esa afirmación a través de una pretendida ortodoxia acerca de la interpretación del Corán, de la Sunna y de la Sira, las biografías más antiguas que se conocen de Mahoma escritas en el 768 por Ibn Ishaq y por Al Waqidi en el 822, ambos historiadores musulmanes y biógrafos del Profeta especializados en sus campañas militares. Por lo tanto, es obvio que para acercarnos al yihadismo es preciso hacer referencia al islam y a su historia, pero siempre en el correcto entendimiento de que estamos ante integristas que marcan insalvables diferencias con el resto de los musulmanes y los demás humanos en función de un sentimiento de fuerte adhesión a un islam primigenio que consideran auténtico, al que anhelan emular y por el que están dispuestos a matar y morir hasta lograr imponer universalmente su ideario.

En efecto, los yihadistas son los islamistas que están dispuestos a sacrificar sus vidas por la yihad. Islamistas, yihadistas... No se trata de un juego de palabras, pero a veces hay conceptos que por repetidos pueden inducir a confusiones. El sustantivo «islam» —no es un nombre propio— alude al conjunto de creencias y preceptos morales que constituyen la religión difundida por Mahoma y al colectivo de los hombres y mujeres y pueblos que siguen esa religión. Su derivado, «islamismo», aparece en ocasiones como un mero sinónimo de islam, pero en las últimas décadas se le ha añadido una acepción nueva en la que confluyen elementos religiosos y políticos. El *Pequeño Larousse Ilustrado*, por ejemplo, define «islamismo» como un «movimiento político

religioso que aspira a hacer del islam una verdadera ideología política». En esa misma línea lo precisa el *Diccionario de Islam e islamismo*, de Luz Gómez García: «conjunto de proyectos ideológicos de carácter político cuyo paradigma de legitimación es islámico. El término sirve para caracterizar una panoplia de discursos y tipos de activismo que tienen en común la reivindicación de la *sharía* como eje jurídico del sistema estatal». Así, a partir de «islam» e «islamismo», se crean los adjetivos «islámico» e «islamista», con significados diferentes. Islámico es, de forma genérica, «perteneciente o relativo al islam», aunque también se aplica a cosas o conceptos (cultura islámica), pero, como señala el recién citado diccionario, no a personas, que «son musulmanes en cuanto creyentes, o islamistas como militantes políticos». Así pues, si islamista es el partidario de reordenar el gobierno y la sociedad de acuerdo con la *sharía*, la ley islámica, un yihadista es el islamista dispuesto a combatir y sacrificar su vida por el islam en el marco de la yihad. De este modo, no todos los islamistas son yihadistas, pero sí todos los yihadistas son islamistas. Pero ni musulmán ni islamista ni yihadista son sinónimos, ni es justo confundirlos, y menos intencionadamente, como ocasionalmente se hace para sustentar discursos xenófobos.

Por todo ello es preciso abordar las diferentes situaciones históricas y la corriente de pensamiento que ha ido conformando el yihadismo actual, ideario temido, atractivamente compuesto, con catorce siglos de antigüedad y tan poderoso y profundo que alimenta una guerra global que han logrado que se desarrolle en varios frentes al mismo tiempo: el bélico convencional, como el que se ha dado, por ejemplo, en Siria e Irak; el que percibimos en forma de atentados y que se nutre de un ejército invisible formado por miles de personas que, viviendo enmascaradas hasta que se manifiestan como terroristas, se sienten plenamente «soldados del califato» (yihadistas, muyahidines), y un tercer frente de batalla, diluido, brumoso e incómodo de abordar, que se basa en

una pretendida invasión demográfica auspiciada por algunos vehementes integristas.

Y ¿quién hace esta guerra? ¿Estúpidos, desarraigados, ignorantes...? En absoluto. Antes, al hablar del atentado perpetrado en Sri Lanka en 2019 contra tres iglesias cristianas y cinco hoteles, hemos subrayado que los terroristas eran cultos y de familia acomodada. Y, en efecto, lo eran. Cuando se habla de diferencias sociales, de pobreza, de incultura, de falta de integración —se sobreentiende que en los valores laicos occidentales—, es preciso considerar que el fanatismo religioso del que es depositario el yihadismo no implica pobreza en el origen social de sus seguidores o falta de capacidad de integración en los aludidos en valores occidentales, o incultura, o desconocimiento del islam, entendido como carencia de conocimientos por parte de las personas que abrazan ese credo. La lectura de las publicaciones del Estado Islámico y de Al Qaeda o el visionado de sus vídeos de propaganda muestran que detrás de ellos hay personas con una gran preparación, un profundo conocimiento religioso del islam y de la técnica para transmitir unos mensajes muy elaborados y extraordinariamente atractivos para sus seguidores, a los que cautiva. Su producto propagandístico permite vislumbrar que lo que vemos o leemos no es la obra de unos ignorantes.

«Hay que dejar de usar el lenguaje falso y emocional para describir las acciones de los soldados y guerrilleros del califato y explicar a la ciudadanía los términos exactos del peligro del Estado Islámico», advierte el pensador francés Philippe-Joseph Salazar, analista del fondo ideológico del mensaje del terrorismo islamista en su libro titulado *Palabras armadas*, editado por Anagrama. Salazar subraya la excelencia en forma y contenido del mensaje, que califica de primorosamente elaborado, basándose en una enorme biblioteca de textos, vídeos y documentos yihadistas muy bien contruidos y que valora como inteligentes, sin concesiones a la banalización de las ideas y alejándose de la cultura de

internet, que aplanan el conocimiento histórico con la moda del cortar y pegar.

El yihadismo ni es superficial ni es obra de indocumentados. Al contrario. Las biografías de la mayoría de los grandes líderes de la guerra global islamista muestran a personas sobradamente preparadas. El mismo Osama bin Laden, padre de Al Qaeda, tuvo una educación individualizada, era universitario y hablaba cuatro idiomas, entre ellos el inglés, aunque no lo utilizaba por decisión propia. Mohamed Atta, el cabecilla de la «célula de Hamburgo», la autora de los ataques del 11 de septiembre de 2001 contra Estados Unidos, era arquitecto por la Universidad de El Cairo y había perfeccionado su formación en el Instituto de Tecnología de Hamburgo. Hablaba árabe, inglés y alemán y se desenvolvía perfectamente en el mundo occidental. Abu Bakr al Bagdadi, el califa muñidor del Estado Islámico, era doctor en estudios islámicos por la Universidad de Bagdad, y Ayman al Zawahiri, otro célebre líder de Al Qaeda, es médico cirujano y autor de muy eruditos libros sobre distintos aspectos del radicalismo político de Al Qaeda.

A este respecto, las investigaciones de Jitka Maleckova —directora del programa de estudios turcos en el Instituto de Estudios del Cercano Oriente y África de Praga— y de Alan B. Krueger —economista, profesor en la Universidad de Princeton, asesor del presidente Barack Obama, autor del libro *What Makes a Terrorist: Economics and the Roots of Terrorism* (2008)— muestran que la idea ampliamente extendida sobre el terrorismo y su relación directa con la pobreza o con la falta de educación no tiene un fundamento empírico. En cambio sostienen que sí existe un lazo entre la pobreza y la delincuencia clásica que no se da en el terrorismo. De hecho, sus trabajos y otros posteriores enseñan que la falta de educación es en general un factor destacado para explicar la no participación en actos políticos tanto legales como ilegales, como, por ejemplo, el terrorismo. Estos y otros estudio-

sos del tema estiman que un alto porcentaje de los terroristas y extremistas proceden de clases medias o superiores con un nivel de educación en cualquier caso por encima de las medias de sus respectivos países de origen. Por ejemplo, como ya hemos sugerido, el análisis de las biografías de militantes de Al Qaeda confirma lo apuntado y se estima que un 35 por 100 de la militancia yihadista tiene un nivel de estudios superiores.

De estas consideraciones se desprende una reflexión: el relato que destaca la falta de formación o integración como elementos que pueden explicar el paso al terrorismo yihadista de jóvenes nacidos y educados en Europa tiene profundas grietas. Los autores del atentado de Cambrils y Barcelona de agosto de 2017, al igual que los de otros atentados precedentes cometidos en Francia y el Reino Unido, eran alumnos de escuelas públicas en las que habían recibido la misma educación que el resto de los jóvenes de su entorno. Sin embargo, con el paso de los años, y ya en la adolescencia y juventud, les alcanzó el mensaje «primorosamente elaborado» de la yihad, que les dio una respuesta integral a sus inquietudes vitales mientras fracasaba en ellos el discurso de valores occidentales. En aquel proceso hacia el terrorismo, estos jóvenes pasaron por un trayecto de «des-integración» que los llevó a convertirse en mártires por la yihad, que es como ellos se sintieron. Los hechos permiten aventurar que el porqué del terrorista surgido en los barrios de las ciudades europeas no pasa unívocamente por una percepción relativa a problemas de integración social, pues hay señales poderosas que indican que es necesario conocer mejor el mensaje que conduce a la «des-integración» de unos ciudadanos del primer mundo que deciden matar y morir por unos valores incompatibles con las libertades civiles alcanzadas por la cultura occidental.

Tal vez el lector podría interpretar el yihadismo como una respuesta extrema a las antiguas Cruzadas cristianas. Sin embargo, no es así. La yihad tiene su propia dinámica, basada en una

idea de superioridad divina que la motiva por sí misma. Dicho de otra forma: sin las Cruzadas medievales, el yihadismo argumentaría exactamente lo mismo y procedería de igual manera. No obstante, es cierto que el yihadismo conoce las Cruzadas, las repudia y utiliza el adjetivo «cruzados» como un insulto dedicado a cristianos y judíos. De hecho, el yihadismo inscribe las Cruzadas (de 1096 a 1272) en las campañas del demonio contra los musulmanes, lo mismo que considera la Reconquista española (718-1492) una ocupación de territorios a los que había liberado de la ignorancia, de la *yahiliyyah* antes referida. Pero, insistimos, aunque ambos hechos históricos forman parte de su memoria, no son la causa central de su yihad, que es una guerra caracterizada por su globalidad, iniciada en el año 622, o sea, mucho antes de las Cruzadas y de la Reconquista.

En marzo de 2021, mientras escribíamos este libro, el papa Francisco viajó a Irak y se entrevistó con un imán chií en un ambiente de aparente comprensión, quizás de intento de superación del signo de las Cruzadas. Desde el estricto sentido de la yihad, el viaje papal no tenía recorrido, pues para un yihadista, además de no poder ni concebir un pacto o acuerdo con un infiel, cualquier representante de la Iglesia católica lo contamina todo. Es decir, como describimos en este libro, para el yihadismo no solo no hay posibilidad de acuerdo con otra religión sino que, al contrario, su deber es destruirla. Damos por hecho que Francisco sabía que el simple encuentro pacífico con un miembro característico del islam (chií en este caso) supondría ser señalado por la yihad como especial enemigo, pues no se puede obviar lo que reza en la bandera del Estado Islámico: «la ilaha illa'llah, Muhammadun rasulu'llah», que en español significa: «No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su mensajero». Una afirmación de fe no discutible, negociable o interpretable que para los islamistas —es decir, para quienes piensan que la *sharía* es la opción política absoluta— cierra cualquier puerta hacia la tolerancia,